



*Encanto fluctuante*, Raquel Reynoso.



# Otra vez el diluvio

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

*Lic. en Letras Hispánicas UAA*

**A**yer murieron ahogadas ochenta personas. No había marea alta ni se trató del hundimiento de un crucero. Esta ciudad no tiene costa. Sin embargo, mucha gente flotó ayer a plena calle, como si el mar hubiera escuchado los deseos más íntimos de un maestro, un agente de ventas o un telefonista que querían ir de vacaciones a la playa y hubiese decidido satisfacerlos, sin percatarse de que tal condescendencia implicaba la imposición de esa dádiva oscura que es la muerte. No ha parado de llover desde entonces.

La avenida Plutarco Elías Calles, a una cuadra de mi casa, es el resultado de una pésima planeación urbanística. Sigue prácticamente la línea del cauce que desemboca, de forma natural, en el Río San Pedro. Desde que fue pavimentado ese trayecto, es cosa de esperar la época de lluvias para ver el espectáculo. La naturaleza sabe de memoria sus caminos. Las aguas pasan por donde haya que pasar para retomar su curso. Hay una cuenca y una senda ya trazadas desde épocas anteriores a la fundación de la ciudad. ¿Quién se asume capaz de reprogramar esa trayectoria?

Lo habíamos estudiado en los libros de texto. Civilizaciones enteras desaparecidas bajo el agua, ocultas durante siglos en terrenos inexplorados por el hombre. Luego, las misiones que abrieron cada vez más el horizonte submarino. Un maravilloso descubrimiento. Más tinta, por favor, para la historia del mundo. Y sigamos viviendo, pues no veremos a las ciudades hundidas resurgir de las profundidades. No, por lo menos, en un tiempo que el ser humano sea capaz de predecir.

Entonces sucedió este evento permanente del calentamiento global. Al parecer, nadie pensó en ello, o les desprecupó el hecho de sentir-

se lejanos a lo que sí representa un peligro para quienes aún habitamos estos lugares. Y no somos un caso aislado; en todo el mundo las precipitaciones aumentaron, lo cual, tristemente, no se tradujo en un mayor acceso al recurso hidráulico, debido a que la mayoría de los asentamientos urbanos no están diseñados para la captación de lluvia. Aunque llueve, nos falta agua. Y de toda la que destinamos durante décadas al uso doméstico, una mínima cantidad volvió a los mantos acuíferos y éstos se fueron agotando. Y para acabarla, los pocos espacios verdes por donde las lluvias podían filtrarse al subsuelo fueron cubiertos de cemento para construir más casas, más industrias y más centros comerciales.

Pasaron años hasta que las inundaciones comenzaron a volverse frecuentes en las ciudades. Cuando el clima comenzó a azotarnos en serio, los creyentes vieron en ello un castigo divino; y el mito del diluvio, en esta tierra agonizante, cobró sentido nuevamente. Yo creo que, si acaso Dios existe, ni el miedo ni el fervor de la súplica harán prevalecer nuestras ciudades. El perdón ha sido postergado ya por siglos, y si el castigo del ser humano ha comenzado, no disminuirá en severidad sólo por unas cuantas plegarias tardías.



La única que podría tener interés en la vida es la propia Tierra. Y si ella ha decidido hacer ajustes a sus ciclos, todo es únicamente un método de autodefensa. Es su sistema inmune tratando de protegerla, de resarcir los daños provocados por un agente externo, invasor por demás. El equilibrio no debe romperse. Ésa es la razón intrínseca de su existencia, decían nuestros ancestros. Y no hay entidades imaginarias que puedan responder por los errores del hombre. “La responsabilidad no puede ser delegada”, me digo mientras me aparto de la ventana. Me ha encandilado un rayo.

Es cuestión de tiempo. Las presas han reventado, los ríos se han salido de cauce con todo y la basura que iba a parar a ellos. Como si nos la estuvieran vomitando. No hace falta más que esperar para ver cómo todo es tragado por el agua.

Siempre tuve estos sueños... El mar nos toma por sorpresa, a la orilla de la playa, convertido en una ola gigantesca vuelta hacia nosotros. Porque somos nosotros los únicos que estamos frente a ella. Otras veces viene el mar a buscarnos hasta casa. Yo salgo despavorida luego de mirar por la ventana y advertir el manto de agua, de dimensiones colosales, que se aproxima tenebroso.



*Arrecife de las sirenas, Xóchitl Barrientos Díaz de León.*

Las primeras veces me oculto detrás de puertas desconocidas. Conforme voy reviviendo una y otra vez la misma escena, gano terreno. Me planto a media calle o a la orilla de la playa y alzo la vista. Es como ver al cielo convertirse en una cosa diferente, extraviarse en sí mismo, opacado luego de ceder lugar a algo más líquido y más poderoso. Algo que por fin va a poder tocarnos. Quizá sólo se trate del mismo cielo, ahora embravecido, descendiendo en una forma nueva, buscándonos, llamándonos como una madre llama a un hijo mal portado.

Procuro, siempre que puedo, ver al mar de frente hasta el final, para vislumbrar mi muerte dibujada y predicha en esa espuma que viene de un cielo remoto, uno inalcanzable incluso por el más alto de nuestros edificios. Quiero saber, por lo menos, el momento exacto en que reviente contra mi cuerpo. Aunque para reventar de veras haría falta una orilla, y aquí casi nunca hay más que el tapiz de un gris interminable. Humanos.

Mis sueños no tienen sentido –aunque esto no es requisito de las fabricaciones oníricas–, porque la ciudad está a cinco horas de la playa más cercana. Sin embargo, muy en el fondo de la conciencia –aunque no se manifieste en la vigilia–, aguarda el miedo latente, un terror primigenio a perecer bajo un torrente de agua colérica y majestuosa.

Tal vez sólo se trate de preocupaciones inconscientes. En mis sueños aparece siempre mi familia, lo único real que tengo. Acaso aquellas imágenes sean nada más una traducción simbólica de mis temores, una representación de éstos en el lenguaje misterioso y siempre confuso del sueño. Lo amado está ahí, al borde del peligro. A excepción de mi hermana pequeña, cuya muerte o salvación mi mente da por supuesta, quizá por la naturaleza atroz del escenario.

En una ocasión, recuerdo, soñé que el agua se los tragaba a todos. Luego de que el nivel retrocedía, yo me veía metiendo las manos en lo que quedaba de esa oscuridad acuosa, sólo para darme cuenta de que algo parecido al mar de fondo los había arrastrado consigo.

Entonces mi hermana vino a mí para avisarme que el desayuno estaba listo –los fines de semana acostumbramos desayunar juntos–. Vi su rostro tomar forma después de salir de las aguas agitadas del sueño. Y el único líquido que quedó luego de eso fue el que resbaló de mis ojos cuando tomé conciencia de mí misma. Siempre que lloro en alguna pesadilla, lo hago también de verdad, mientras duermo, sin darme cuenta, pero en serio, de este otro lado. El dolor no es real, aunque simula serlo;

y en su calidad de ilusión, atraviesa la frontera del sueño para recordarme que, aun despierta, algo de él y del temor a esa soledad última permanecen conmigo, muy en el fondo.

Por eso no me tomó por sorpresa la inundación de ayer. Reconozco este miedo. Se inundó otra vez una de las avenidas más transitadas de la ciudad. La gente lo ve como un presagio del fin del mundo. Y puede que sí, pero con independencia de las interpretaciones místico-mágicas de la realidad climática que se nos ha venido encima, lo cierto es que la ciudad es defectuosa. Vi en las noticias cómo decenas de automóviles, cubiertos de agua hasta el tope, eran arrastrados por la corriente.

El ser humano, por ignorancia, dejó muchos vacíos legales en su contrato con el mundo. Hoy las ciudades no me parecen tan monumentales como las que he visto sumergidas en las profundidades del mar. Quizá algún día, no muy lejano, el agua cubra la vergüenza de no haber alcanzado la solemnidad de las civilizaciones ahogadas. Acaso esta vez la cubra para siempre o, por lo menos, aplace su resurgimiento lo suficiente para abrir sus pulmones, aspirar la vida y escupirnos de nuevo, indefensos y sin memoria, como aparentamos ser al momento en que veo todo esto. “La responsabilidad no puede ser delegada”, me digo mientras me aparto de la ventana. Me ha encandilado un rayo. Pienso que tal vez haya alguien allá afuera, esperando con un arca.